

Piñeiro, Elena

Consensos y divergencias en el campo intelectual latinoamericano en la década de 1960

Ponencia presentada en

VIII Seminario Argentino Chileno – II Seminario Cono Sur, 2006

Centro de Estudios Trasandinos Latinoamericanos. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional de Cuyo

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Piñeiro, E. (2006). Consensos y divergencias en el campo intelectual latinoamericano en la década de 1960 [en línea] Ponencia presentada en VIII Seminario Argentino Chileno-II Seminario Cono Sur, Centro de Estudios Trasandinos Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/contribuciones/consensos-divergencias-campo-intelectual.pdf> [Fecha de consulta:]

TÍTULO: “Consensos y divergencias en el campo intelectual latinoamericano en la década de 1960”

Nº de páginas:12

Publicado en: Actas. Seminario Argentino Chileno –II Seminario del Cono Sur. El Cono Sur frente al Bicentenario (1810-2010) Eloisa Morales y Silvana Montaruli (comp.) Organizado por el Centro de Estudios Trasandinos Latinoamericanos. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad

Nacional de Cuyo, Mendoza, marzo de 2006. Soporte digital Fecha de publicación:Marzo 2006

Consensos y divergencias en el campo intelectual latinoamericano en la década de 1960.

Mg. Elena Piñeiro (UCA)

Introducción:

En las décadas que siguieron a la segunda posguerra, en los países occidentales industrializados surgieron nuevas ideas y se produjeron transformaciones sociales y culturales que sirvieron como modelo de desarrollo y modernización para los países que estaban naciendo como consecuencia de los procesos de descolonización en Asia y Africa o para aquellos que, como los de América Latina necesitaban conseguir o consolidar su independencia económica y alcanzar niveles de desarrollo que demandaban procesos de modernización social.

La idea de Latinoamérica y de lo latinoamericano configuró un marco de relevancia geopolítica y se constituyó en ámbito de pertenencia de los intelectuales del continente.

Los temas que ocuparon el escenario latinoamericano durante el período pueden resumirse en dos juegos de conceptos: desarrollo y modernización y liberación o dependencia. En ambos casos se trataba de explicar el atraso de la región con relación a Europa y Estados Unidos y en este sentido se desarrolló el pensamiento crítico latinoamericano a partir de las teorías cepalianas y las de la escuela “dependentista”.

Las primeras sostenían que

“(…)El desarrollo sólo podía significar progreso técnico vinculado con la industrialización enfocada a las necesidades del mercado interno. (…)La creación y

la adopción de la tecnología por medio de la educación era un factor primordial para la “modernización” de la sociedad.”¹

Las segundas planteaban la posibilidad de desarrollo en términos de poder. Frente a un desarrollo condicionado por la dependencia económica de los países industrializados que generalmente contaba con el aval de los sectores políticos dominantes, se trataba de generar cambios sustanciales en el campo político.

Los ejemplos revolucionarios a nivel internacional proporcionaron modelos de participación política alternativa. La lucha armada asociada a la toma del poder ocupó el centro del imaginario político y del debate de la década y se materializó en América Latina con el triunfo de la Revolución Cubana que fue un punto de inflexión decisivo.

Tanto en Chile como en Argentina, en el período que comienza en 1960, aún en contextos políticamente diferentes, se consolidaron las ciencias sociales,² y se creó un mercado de bienes culturales en el que la literatura ocupó un lugar preponderante participando de lo que se dio en denominar “*el boom de la literatura latinoamericana*”.

La cultura, el intelectual y el artista adquirieron un nuevo status y los mercados intentaron satisfacer las demandas de una sociedad de consumo centrada en la producción y en el intercambio masivo de bienes culturales.

Los escritores se encontraron con un público que se hizo visible en el desarrollo del mercado editorial y ocuparon la esfera pública para constituirse en portavoces de una urgencia de transformación social y cultural.

La posición de un escritor en el mercado de bienes culturales coincidía generalmente con la apreciación de la crítica y en este contexto el mercado se convirtió en una instancia plebiscitaria que los eximía de conformar las exigencias de su campo profesional y los habilitaba para hablar en nombre del público que validaba sus mensajes.

¹ García Bossio, Horacio. *Raúl Prebisch y el estructuralismo Latinoamericano. Evolución de su pensamiento y su aporte a la Historia Económica*. En: Actas. Iias. Jornadas Nacionales de Historia Argentina, Bs.As.,2005

² Ver: Ocar Terán (coord.) *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Siglo XXI editores Argentina/ Fundación Osde, Bs.As. 2004. Terán, Oscar, *Argentina*, Cap.5; Sofia Correa Sutil, *Chile*, Cap.8 También: Juan Carlos Oyanedel *Los intelectuales, el mercado y poder en Chile 1960-2000*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. (mimeo)

Aunque el período estuvo signado “en la franja crítica de los intelectuales (...) por el deslumbramiento de la revolución cubana”³, hasta 1967 revolución y público convergieron desde ángulos diversos “en un mismo programa de acción”..⁴

A partir de 1967 se produjo la ruptura del consenso . Se radicalizó el debate que se había impuesto en América Latina luego de producida la Revolución, entre quienes defendían la posición del intelectual que participaba del mercado de bienes culturales y la de quienes proponían un modelo de intelectual comprometido y militante. en la línea del estructuralismo althusseriano y del marxismo sartreano y gramsciano.

No obstante muchos escritores consagrados por el mercado no compartían la visión burguesa del escritor sino que apoyaban los cambios que se estaban produciendo en el continente aún cuando no compartieran la perspectiva de la militancia.

El objeto de este trabajo es analizar en este marco la posición de dos intelectuales que asumieron su compromiso político de distinta manera: Pablo Neruda y Julio Cortázar. Cada uno desde su lugar de escritor consagrado definió su posición respecto de las relaciones entre práctica literaria y lucha política.

Pablo Neruda y su temprano compromiso político.

Como él mismo lo escribió alguna vez “El poeta debe ser, parcialmente el cronista de su época”.

Neruda asumió su compromiso político siendo un adolescente cuando comenzó a escribir en la revista *Claridad* órgano de la Federación de Estudiantes vinculada ideológicamente al poderoso movimiento anarquista de la época, “como militante político y literario”.⁵

En 1924 escribió sus hoy célebres *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Esa época fue -según lo recuerda en sus memorias- una época de cambio en la vida chilena porque se levantaba el movimiento popular que buscaba apoyo entre los estudiantes y los escritores. Fue el momento en que un líder obrero, Luis Emilio Recabarren, organizó centrales sindicales y periódicos obreros por todo el país. Momentos difíciles marcados por la desocupación en el que “A la capital llegaban miles de obreros cesantes del salitre y del

³ Ibid, p.75

⁴ Gilman, Claudia. *La situación del escritor latinoamericano. La voluntad de politización*. En: Cultura y Política en los años '60, Op. Cit., p.180

⁵ Neruda, Pablo. Confieso que he vivido. Memorias, Ed. Seix Barral, Barcelona 1974, p.57

cobre” y “las manifestaciones y la represión consiguiente teñían trágicamente la vida nacional.” Fue desde ese momento que en su vida se mezclaron la poesía con la política.⁶ Merced a los buenos oficios de un amigo, Neruda ingresó en el Servicio Exterior de su país y fue cónsul en distintos destinos de Oriente y Europa. La Guerra Civil Española y el asesinato de su amigo Federico García Lorca iban a definir finalmente su orientación hacia el comunismo aunque su afiliación al partido se produjo mucho después en Chile el 15 de julio de 1945. El 4 de marzo de ese mismo año fue elegido senador de la República por “gente sin escuela y sin zapatos” que no obstante conocía su poesía porque como él mismo lo recordaba,

He llegado a través de una dura lección de estética y de búsqueda a través de los laberintos de la palabra escrita a ser poeta de mi pueblo. (...) Ese es el laurel de mi poesía, ese agujero en la pampa terrible, de donde sale un obrero a quien el viento y la noche y las estrellas de Chile le han dicho muchas veces: “no estás solo; hay un poeta que piensa en tus dolores.”⁷

Poeta del pueblo, su compromiso político fue claro y se inscribió desde el primer momento en “las ideas teóricas de la revolución pacífica y por etapas implantada por la Unión Soviética.”⁸

Recordaba Neruda en sus memorias las luchas por la emancipación americana. Sostenía que la “cadena cíclica de revoluciones que brotaban desde México hasta Argentina y Chile” habían sido muy importantes para el mundo. Y recordaba también a los caudillos revolucionarios: Bolívar, San Martín y O’Higgins “protagonistas de estos combates librados en el vasto escenario de inmensas pampas y nieves eternas”⁹

No necesitó llegar a la década de 1960 para comprender la situación de América Latina y aunque apoyó la Revolución Cubana y conoció a Castro y a Guevara mantuvo inalterable su compromiso político con el Partido Comunista chileno y utilizó su prestigio como escritor para luchar contra el imperialismo norteamericano y defender la liberación del continente por medios pacíficos.

⁶ Neruda, Pablo. Confieso que he vivido..... Op. Cit., p.76

⁷ Ibid. p. 242

⁸ Iñaki Moulian Jara. *Bipolaridad en Chile 1960-1973* En: Revista Austral de Ciencias Sociales, N°5, 2001, pp.39-52

⁹ Neruda, Pablo. Confieso que he vivido..... Op. Cit., p.425

Desde su punto de vista el poeta tenía que salir con su poesía a la calle y tomar parte en los combates, combates que aludían a la poesía y no a las armas. Consideraba que la poesía era una insurrección y que no debía ofenderse el poeta si lo llamaban subversivo.

No obstante en 1966 iba a recibir un duro golpe por parte de los escritores cubanos. Invitado por el Pen Club viajó a los Estados Unidos para asistir al congreso organizado por esa institución al que estaban invitados Ernesto Sábato, Victoria Ocampo, el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal, Carlos Fuentes, escritores de todos los países socialistas y también los escritores cubanos. Estos últimos no concurrieron.

Tanto en su gira norteamericana como en los recitales que ofreció en Perú y Méjico, Neruda puso de relieve su “actividad política y poética más combativa, gran parte de la cual fue empleada en defensa y apoyo de la revolución cubana”¹⁰

No obstante, al regresar a su país recibió una carta de los escritores cubanos que lo acusaban de sumisión y traición.

Dejemos que lo diga el poeta:

“(…) se erigían en profesores de las revoluciones, en dómines de las normas que deben regir a los escritores de izquierda. Con arrogancia, insolencia y halago pretendían enmendar mi actividad poética, social y revolucionaria. Mi condecoración por ‘Macchu Picchu’ y mi asistencia al congreso del Pen Club, mis declaraciones y recitales; mis palabras y actos contrarios al sistema norteamericano, expresadas en la boca del lobo; todo era puesto en duda, falsificado o calumniado por los susodichos escritores, muchos de ellos recién llegados al campo revolucionario”¹¹

Quién había iniciado la campaña contra Neruda, que posteriormente se extendió a Europa, era el poeta y crítico cubano Roberto Fernández Retamar.

Esa campaña se inscribía en un debate que se había impuesto en América Latina luego de producida la Revolución Cubana, entre quienes defendían la posición del intelectual que se adecuaba a las estructuras de dominación existentes y participaba del mercado cultural y la de quienes proponían un modelo de intelectual comprometido y militante en la línea del marxismo sartreano.

El debate había comenzado entre el poeta cubano Roberto Fernández Retamar director de la revista *Casa de las Américas* en La Habana y el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal cuando éste último le anunció –en noviembre de 1965- que iba a dirigir una

¹⁰ Ibid. p.445

revista literaria para América Latina en París. Esa revista que se llamaría “*Mundo Nuevo* e “iba a representar una oportunidad para todos los que creían en una cultura latinoamericana viva y actual”.

El grupo que le había ofrecido la dirección de la revista le aseguraba libertad de elección y orientación, pero –y esta era la causa de la polémica- estaba vinculado al Congreso por la Libertad de la Cultura, organización que desde la perspectiva de Fernández Retamar estaba financiada por Estados Unidos con el objeto de defender sus intereses imperialistas y trataba de obtener la colaboración de intelectuales de diversos matices incluyendo marxistas para neutralizarlos.¹²

La polémica prosiguió a lo largo de cinco cartas. Al haberse originado la impugnación en Cuba, gran parte de la intelectualidad de Latinoamérica se puso en guardia y *Mundo Nuevo* fue rechazada por muchas publicaciones e intelectuales de izquierda.

Ese debate también estaba vinculado a la situación de los comunistas del continente que disputaban ideológicamente con los cubanos.

Neruda, aunque dolido por esta carta, sin abandonar su militancia política en el comunismo, no dejó de apoyar una causa que, pese a los errores de algunos consideraba grande. Por eso siguió “cantando, amando y respetando la revolución cubana, a su pueblo, a sus nobles propósitos”¹³

Y también a la revolución chilena y al triunfo de Salvador Allende cuya muerte tras el golpe militar anticipó la muerte del poeta.

Julio Cortázar. Un argentino en París.

Nació 10 años después que Neruda y como a todos los jóvenes de su época la poesía les llegó “bajo el signo imperial del simbolismo y del modernismo”. Era, dice Cortázar “gnosis, revelación, apertura órfica, desdén de la realidad convencional, aristocracia”¹⁴

Hasta que descubrió al Neruda de *Residencia en la tierra*. Esa obra

“(…) se precipitó en la Argentina como antaño San Martín en Chile para liberarlo; como Bolívar picando sus águilas desde el norte; la poesía tiene su historia militar, sus conquistas,

¹¹ Ibid.

¹² Mudrovic, María Eugenia. *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del 60*, Beatriz Viterbo Editora, Bs.As., 1997.

¹³ Neruda, Pablo. *Confieso que he vivido.....*, Op. Cit. p.448

¹⁴ Julio Cortázar *Neruda entre nosotros*, Ginebra 1973

sus batallas, el verbo es legión y carga, y la vida de todo hombre sensible a la palabra guarda en su memoria incontables cicatrices de esos profundos arreglos de cuentas entre el ayer y el hoy, entre lo artificial y lo auténtico(...)"¹⁵

Cortazar reconocía que la obra de Neruda fue para los latinoamericanos de su tiempo una toma directa de contacto con "materias, formas, espacios y tiempos de nuestra América"¹⁶

En 1951 había abandonado Argentina para residir en Francia. Lo había hecho sin otro motivo que su voluntad de vivir y escribir en la forma que le pareciera más satisfactoria.

Pero había regresado a Latinoamérica para seguir de cerca la revolución socialista. Había realizado dos visitas a Cuba; la primera luego del triunfo de la Revolución y la segunda tres años después. En esas dos ocasiones se sintió "situado en un punto donde convergían y se reconciliaban" su convicción en un futuro socialista de la humanidad y su regreso individual y sentimental a Latinoamérica.

Los ecos del debate entre Fernández Retamar y Rodríguez Monegal respecto de la situación del escritor latinoamericano llegaron a Buenos Aires en 1968 por intermedio del semanario *Primera Plana*.

Un año antes y en virtud de las consecuencias suscitadas por la aparición de *Mundo Nuevo*, Roberto Fernández Retamar decidió realizar una encuesta para un número de la revista *Casa de las Américas* que iba a tratar de la situación del intelectual latinoamericano contemporáneo.

Entre los convocados se encontraba Julio Cortazar quien desde su refugio en la Provenza le respondió con una larga carta donde fijaba "las causas de su exilio europeo, su relación con los poderosos y los humillados, su concepto de la ética del escritor contemporáneo."¹⁷

Lejos de constituir un exilio, la experiencia europea más abierta y compleja le había permitido producir una literatura nacional y regional potenciada por aquella experiencia, que había tenido eco en Latinoamérica.

El escritor podía nacionalizar lo universal situando sus valores originales en una trama más rica y amplia que les transmitía su riqueza y amplitud y era en esa tensión entre lo individual y lo universal donde se jugaba la suerte de su producción.

¹⁵ Ibid.

¹⁶ Ibid

¹⁷ PP, Año VI, N°282, 21 de mayo de 1968, Sección *Textos*, p.76-77

Aún cuando seguiría siendo un escritor latinoamericano en Francia sin coacción y sin autocensura, la revolución cubana, el descubrimiento del socialismo y de su vocación latinoamericana habían producido un cambio en relación al concepto de literatura.

Ahora comprendía que la literatura como creación imaginativa no era suficiente porque la noción de literatura había cambiado y “contiene en sí el conflicto entre la realización individual (...) y la realización colectiva.” Humanismo y socialismo se enfrentaban en un conflicto que el escritor no podía eludir.

Y por eso Cortázar sostenía que aunque no pensaba escribir expresamente para nadie había cobrado conciencia de la intencionalidad de su escritura que apuntaba a un lector “en el que reside ya la esperanza de futuro” porque sus libros habían encontrado eco en los jóvenes latinoamericanos y porque se sentía partícipe del destino histórico inmediato del hombre. Pensaba que la creación no se justificaba éticamente si no se estaba abierto a los problemas vitales de los pueblos.

Se situaba entonces en un plano distinto. Si bien el intelectual debía de algún modo comprometerse con la realidad de su tiempo no era su oficio hacer política aunque era plenamente consciente de que la creación del intelectual tenía que trasuntar una voluntad de contacto con el presente histórico del hombre del que se sentía partícipe.

Esa participación implicaba a la vez una responsabilidad y una obligación aunque sus obras no lo revelaran directamente porque el intelectual no podía ignorar los dramas de la condición humana y debía ser testigo de su tiempo y dar testimonio de la manera que le fuera propia.

Para Cortázar el compromiso del intelectual no consistía en convertirse en ideólogo o “tribuno de la lucha contra el imperialismo”, sino en abandonar una libertad mal entendida y tomar conciencia de que era un privilegiado entre desposeídos.

Aún cuando se sintiera incapaz de desarrollar acciones políticas y de renunciar a su solitaria vocación de cultura y de búsqueda ontológica, el cambio consistía en poner esa vocación y esa búsqueda en contacto con el presente histórico del hombre.

La carta a Fernández Retamar concluía diciendo:

“Estoy convencido de que sólo la obra de aquellos intelectuales que respondan a esa pulsión y a esa rebeldía se encarnará en las conciencias de los pueblos y

justificará con su acción presente y futura este oficio de escribir para el que hemos nacido.”¹⁸

Conclusión:

En el cambiante y convulsionado mundo de la década de 1960 dos escritores latinoamericanos dieron cuenta de su compromiso con los cambios que se estaban produciendo en el continente.

Neruda se hizo eco desde su juventud de los problemas del pueblo de su patria, asumiendo posteriormente una militancia política dentro del Partido Comunista chileno que mantuvo hasta su muerte. Desde esa militancia y usando como arma su poesía se manifestó contra el imperialismo y defendió calurosamente la revolución cubana. No obstante fue duramente cuestionado por los escritores cubanos que demandaban que todo intelectual de izquierda se subordinara a la visión que de la revolución tenían los cubanos. Aún siendo un escritor consagrado según los cánones del mercado de bienes culturales, Neruda fue fiel a su militancia y a su compromiso político revolucionario no violento.

Cortázar se negó a convertirse en un intelectual militante aunque compartiera la perspectiva socialista y admirara los resultados de la revolución cubana en particular y los movimientos de liberación en general.

Su literatura seguiría los derroteros que él le diera sin compromisos políticos. No obstante, era consciente de que su trabajo necesitaba una justificación ética, una preocupación por los problemas vitales de los pueblos.¹⁹

Si bien se consideraba incapaz de comprometerse con acciones políticas concretas prometía conciliar su vocación de cultura y de búsqueda ontológica con la preocupación por la situación del hombre latinoamericano en su presente concreto.

BIBLIOGRAFIA

¹⁸ Ibid

¹⁹ Recién en 1972 escribió una novela política, *El Libro de Manuel* que fue publicada en 1973 y que marca su interés por los movimientos revolucionarios de esos años. Algunos críticos lo consideran un desplazamiento natural de los personajes y los temas de *Rayuela* aunque no tan logrado desde el punto de vista literario.

Oscar Terán (coord). Ideas en el Siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano, Siglo Veintiuno Editores Argentina/ Fundación OSDE, Bs.As., 2004

Sigal, Silvia. Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, Bs.As., 2002

Neruda, Pablo. Confieso que he vivido. Memorias, Seix Barral, Barcelona, 1974
Para nacer he nacido, Ed. Círculo de Lectores, Bogotá, 1979

Halperín Donghi, Tulio. Historia contemporánea de América Latina, Círculo de Lectores, Bogotá 1981.

Ernesto Abramoff (coord.) Cultura y política en los años '60 Instituto de Publicaciones "Gino Germani", Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Bs.As., 1997

Mudrovic, María Eugenia. Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del 60, Beatriz Viterbo Editora, Bs.As., 1997.

Revista *Primera Plana*, Año VI, N°282, 21 de mayo de 1968, Sección *Textos de Primera Plana*, p.76-77

DATOS PERSONALES.

Nombre y Apellido: Elena Teresa Piñeiro

Pertenencia Institucional: Departamento de Historia – Facultad de Filosofía y Letras – Pontificia Universidad Católica Argentina